

## 8º Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 02.09.2014

"Paloma mía, que anidas en las grietas de las rocas y en los riscos de las peñas, déjame ver tu rostro, déjame oír tu voz; ¡porque tu voz es dulce y hermoso es tu rostro!" (Ct 2,14).

Otra "paloma escondida" sobre la que no terminaremos nunca de meditar es Marta. Ella no se esconde detrás de las riquezas, sino detrás de la actividad. El contraste con la actitud de su hermana María, no se debe buscar tanto en una oposición entre acción y contemplación, sino entre el corresponder o no corresponder al deseo de Cristo de intercambiar con nosotros miradas y palabras. Marta se esconde; María se expone a Jesús. Esta es la alternativa, esta es la elección que decide la mayor o menor belleza de nuestra vida. Jesús en Betania no buscaba a María más que a Marta, o a Lázaro, o a sus discípulos. Cuando se ha sido mirado una vez por santos como la beata Madre Teresa de Calcuta, se entiende que la mirada de Cristo fuera tal que cada uno, incluso en medio de la multitud, podía sentir dirigida personalmente a él la declaración expresada por el Cantar de los Cantares: "Paloma mía, (...) déjame ver tu rostro, déjame oír tu voz; ¡porque tu voz es dulce y hermoso es tu rostro!" (Ct 2,14).

Marta podía sentirse mirada y bendecida y estimada incluso mientras cocinaba y preparaba todo con diligencia y generosidad. Pero aquel día comenzó a esconderse detrás de lo que hacía, a esconderse de Jesús. Y detrás de aquel escondite, comenzó a mirar oscuramente a su alrededor, a mirar oscuramente a su hermana, a los invitados, todo. Cuando nos escondemos de Cristo en una fisura de la roca, no es solamente a Él a quien no vemos más o menos bien, o del todo. Toda la realidad se oscurece, y nos da miedo, o nos irrita.

Así, cuando Jesús le dice: "Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por tantas cosas, pero una sola es necesaria" (Lc 10,41-42), más que una corrección o un reproche, debemos oír, como así oyó Marta, vibrar en estas palabras la misma pasión del esposo del Cantar por su paloma: "Marta, paloma mía, que estás escondida en el escondite de tu quehacer, y de tu miedo de hacerlo mal, muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz, ¡porque tu voz es dulce, y hermoso es tu rostro! Te quiero mucho y te deseo por lo que eres, no por lo que haces o crees hacer. Para mí eres hermosa tu, como Marta, antes que como cocinera y hospedera perfecta. Quisiera que aceptases el verte a ti misma como te veo yo. Pero para esto debes mirarme, escucharme, definirte en la relación conmigo y ¡no en la relación con las cosas, o con tus pensamientos y juicios de los demás!"...

Marta comprendió, percibió. No fue a esconderse como antes. Se quedó allí, dolorida pero conmovida, en silencio (si el Evangelio no añade una palabra suya quiere decir precisamente que ¡permaneció en silencio!). Esta es la santidad: no volver a esconderse de Cristo; permanecer expuestos a su mirada, a su amor, a su

voz; y dejase formar, reformar, por su Rostro en nosotros que nos transfigura en la belleza originaria de su imagen reflejada en nosotros: "Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará", dice el salmo 33 (v.6). La nueva traducción de la Conferencia Episcopal italiana: "Vuestro rostro no enrojecerá", es decir, no deberá oscurecerse, esconderse, o querer esconderse de nuevo.

Hay finalmente otro pasaje del Nuevo Testamento que quisiera que leyésemos a la luz del Cantar 2,14, también un texto siempre citado y comentado: lo que Cristo dice a la iglesia de Laodicea, en el Apocalipsis 3,14-22.

"He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye y me abre, entraré y comeremos juntos" (3,20).

Es la misma situación del Cantar 2,14: El Dios amante del hombre que desde fuera solicita con su voz a la paloma escondida, deseoso de un encuentro de comunión con él, que aquí utiliza la imagen del banquete, del cenar juntos.

Quizá no pensemos lo suficiente en que la puerta cerrada *esconde* a quien está dentro. Es como si simulase no estar en casa, para evitar el encuentro. Pocas líneas antes "el Amén, el Testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios" (3,14), ha descrito a aquél que se esconde detrás de la puerta: "No eres ni frío ni caliente. (...) Dices: «Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada» y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo" (3,15-17). Por esto es por lo que se esconde o, más bien, es en esto en lo que se esconde. Se esconde de Cristo porque cree que no necesita nada, cree bastarse a sí mismo, bastarse para darse felicidad, honor, riqueza, prestigio.

Sin embargo, Jesús saca a relucir la desnudez del rey, se la revela, le revela los falsos y vacíos valores detrás de los que cree encontrar satisfacción. No lo hace con desprecio, incluso cuando habla de la náusea que siente frente a Él: "Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca" (3,16). Siempre es el Amante del Cantar el que está detrás de la puerta; siempre es por amor a nuestra vida y felicidad por lo que Cristo nos habla: "Yo, a cuantos amo, reprendo y corrijo" (3,19). Como con Marta: Jesús no duda en hablarle sin rodeos, en decirle por qué no es feliz, y que se arriesga a permanecer encerrada en una mentira que a la larga no la protegerá.

Jesús no nos desprecia, porque incluso cuando nos corrige duramente lo hace sencillamente por hacer más presente la invitación a abrirle la puerta, a no apartarnos de Él. Bastará abrir, mostrarle el rostro y hablar con Él para que todo lo que nos cubre, lo que nos oscurece, lo que nos desfigura, desaparezca, se transforme en belleza. Cuando entra la luz, las tinieblas se van, desaparecen, se disuelven por la misma luz. Las tinieblas no son una suciedad grasienta para echar fuera, para quitarse de encima. Son una oscuridad que desaparece apenas nos exponemos a la luz que nos invita, que nos llama desde fuera de nuestro escondite.

"Paloma mía, que anidas en las grietas de las rocas y en los riscos de las peñas, déjame ver tu rostro, déjame oír tu voz; ¡porque tu voz es dulce y hermoso es tu rostro!" (Ct 2,14).

Cuando el corazón humano cede, poco o mucho, aunque sea solo un instante, a esta llamada, a esta vocación fundamental de encontrarse con aquel Dios que por él ha elegido descender hasta en fondo del infierno, ¿qué sucede? El episodio de Marta y la promesa a la Iglesia de Laodicea nos lo han sugerido, pero la frase del Cantar que he sentido dirigirse a mí en el Calvario en Jerusalén lo expresa hasta el fondo. Nos encontramos cara a cara con Cristo, que nos dice: "Tú me has robado el corazón, hermana mía, esposa, ¡tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas!" (Ct 4,9).

Esto es lo que quisiera finalmente profundizar con vosotros en los próximos Capítulos, porque, como decía, es una frase que me parece sintetizar toda la mística cristiana, monástica, cisterciense, como experiencia, como exigencia, como gracia. Pero hasta ahora me ha parecido importante insistir sobre la actitud que resiste a esta gracia, que es siempre un *escondarse de Dios que nos busca*, un apartarse de la presencia, del rostro y de la voz del Señor que desea la comunión con nosotros.